

SING

A stylized, black and white illustration of hair, possibly a wig or a person's hair, framing the top and sides of the page. The hair is rendered with thick, expressive brushstrokes, creating a sense of movement and texture. It appears to be a long, straight style, possibly a wig, with some strands falling over the shoulders.

SING

Vivi Greene

numeral

Título original: *Sing*
Traducción: Daniela Rocío Taboada
© 2016 Alloy Entertainment y Vivi Greene
Publicado por un acuerdo con Harper Teen, división
de Harper Collins Publishers
Publicado por acuerdo con Rights People, Londres



alloy**entertainment**
Producido por Alloy Entertainment

© 2016 De la presente edición Riverside Agency SAC
Todos los derechos reservados

Dirección de proyecto: Cristina Alemany
Edición: Erika Wrede
Dirección de arte: Alejandra Bello
Arte de portada: © Natalie C. Sousa
Diseño de portada: Elaine Damasco
Diseño de colección y armado portada: Eduardo Ruiz
Armado interior: Tobías Wainhaus

Prohibidas, en virtud de los límites establecidos por las leyes, la reproducción/copia total o parcial de esta obra, transmisión por medios electrónicos, fotocopias o cualquier otro medio online o impreso de la misma, como cualquier cesión, sin expresa autorización escrita del editor.

#numeral es un sello editorial de Riverside Agency SAC
Av. Córdoba 744 4° H CABA - (1054) República Argentina
5411 5353 0831 - info@editorialnumeral.com.ar

ISBN 978-987-4085-02-3

Impreso en Argentina
Primera edición: Octubre de 2016

Greene, Vivi.

Sing: una canción diferente / Vivi Greene; editado por Cristina Alemany - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Numeral, 2016.
240 p.; 22 x 15 cm.

Traducción de: Daniela Rocío Taboada.
ISBN 978-987-4085-02-3

1. Amistad. 2. Relaciones Humanas. I. Alemany, Cristina, ed. II. Taboada,
Daniela Rocío, trad. III. Título.
CDD 158.2

PARA LOS FANS



I

92 días para la gira mundial
“Lily Ross Forever World Tour”

12 de junio

L a noche que me rompen el corazón por última vez, estoy tomando sopa.

El restaurante, un lugar de moda en Nolita que Jed ha elegido –yo hubiera preferido ordenar comida por teléfono– está repleto y la camarera nos ubica en una esquina acogedora, debajo de un póster gigante que muestra a Audrey Hepburn en el asiento trasero de un *scooter* que pasa a toda velocidad por el Coliseo. Jed está extrañamente callado, pero en la mañana se irá de gira durante tres semanas (y las entradas están agotadas), así que se lo adjudico al estrés.

Hasta que ordena la sopa.

No una sopa como entrada o como acompañamiento de algo más, ni siquiera una sopa sustanciosa, como una *bouillabaisse* o una *bisque*. Solo un cuenco del tamaño de una taza, lleno de sopa *minestrone* que, cuando llega a la mesa, resulta ser jugo de jitomate decorado con un par de zanahorias dudosas.

Estamos hablando de *Jed Monroe*. El mismo Jed Monroe que come una pila entera de *pancakes* cuando los hago para el desayuno cada vez que está en la ciudad. El mismo Jed Monroe que tiene escrito en los requisitos de su contrato de giras “dos docenas de donas Krispy Kreme (o similar)” y quien devora un paquete entero de galletas de menta Milano en

cinco minutos. La primera vez que nos tomaron una fotografía juntos, el epígrafe decía algo como “La bella y el gigante”. Todo lo relacionado con Jed es enorme, sobre todo su apetito, así que la sopa es sin dudas alarmante. Por esa razón, paso el resto de la comida intentando decidir si no está comiendo porque está ansioso o porque quiere terminar lo antes posible con la cena.

Cuando nos vamos, puedo sentir la energía tensa y nerviosa en su mano al sujetar la mía, mientras les sonrío animosamente a los fans entre los flashes de los iPhones fuera del restaurante, y durante el trayecto silencioso y tortuoso en auto hasta casa.

–Creo que tenemos que hablar –dice Jed cuando el vehículo disminuye la velocidad en un sector de la calle opuesta, frente a mi edificio. Como si estuviera ensayado, la ventanilla de privacidad sube con lentitud. Los ojos azules del conductor se ven decepcionados en el espejo retrovisor antes de desaparecer detrás del vidrio esmerilado.

–¿Hablar? –intento que el dolor no se refleje en mi voz. Quiero recordarle que *yo he estado* hablando toda la noche. *Él* fue quien estuvo enfurruñado con su *sopa*. Pero no lo hago. Respiro hondo y sonrío–. Claro –digo–. Hablemos.

Jed contempla su reflejo en la ventana; sus labios fruncidos en un mohín se tuercen hacia un lado. Recuerdo la noche en que nos conocimos hace un año, en una fiesta que organizó mi representante en su loft en Brooklyn. Terry juró que no estaba intentando organizar un encuentro entre nosotros, pero hasta hoy, no tengo ni idea de por qué Jed estaba allí. Ni siquiera *yo* quería estar en la fiesta. Sammy me había arrastrado hasta ahí como parte de una misión compasiva luego de que pasara menos de una semana de nuestra mudanza desde Nueva York hasta L.A., y después de que Caleb y yo finalmente habíamos decidido terminar. Estaba revoloteando cerca de los platos de sashimi, jurándole a cualquiera que estuviese dispuesto a escucharme que nunca volvería a salir con otra persona famosa.

Pero luego, lo vi.

Jed estaba solo en el balcón. Contemplaba las luces de la ciudad como si estuvieran enviándole un mensaje codificado a través de su resplandor, y él lo quisiera descifrar. Su gran cuerpo estaba apoyado sobre la reja, oscuro, en contraste con el puente resplandeciente. De inmediato, algo en él pareció diferente, como si estuviese por encima de la fiesta y de su caos insignificante, de las charlas vacías, de las presiones de la industria para estar buscando siempre el próximo gran éxito. Claro, él había estado en la cubierta de la *Rolling Stone* apenas unas semanas atrás, pero algo en él parecía casi... normal.

Sabía que no tendría que haber salido a ese balcón. Sabía que debería haber permanecido dentro, donde el ambiente era cálido y seguro. Donde sería inmune al movimiento de su cabello cuando lo acomodaba sobre su frente. A la inclinación torcida y tímida de su sonrisa. Pero no me quedé. Salí al balcón y me enamoré. Otra vez.

Gran error.

–Creo que esto ya no está funcionando –dice Jed ahora. También menciona otras cosas que ya he escuchado, sobre “la sincronización”, sus “prioridades”, su “carrera”.

Miro fijo sus ojos color ámbar. Sé que él está allí dentro, en alguna parte; la persona que creí que de verdad me comprendía. Que comprendía esta vida y cómo la atravesaríamos juntos. Jed es el primer *hombre* con el que he salido. Caleb, Sebastian... ellos eran niños. Jed es mayor que ellos, mayor que yo, pero es algo más que eso. Estar con él es muy fácil, porque no hay ningún juego. Él sabe lo que quiere, y sabe cómo conseguirlo. Es solo que nunca pensé que dejaría de quererme *a mí*.

–Es... Es mucha presión –me dice, sus ojos de pronto se endurecen y se enfocan–. Mis fans están dementes. Tus fans están *muy* dementes.

Un sentimiento enfermizo y vacío me atraviesa el cuerpo.

–¿Mis fans?

Siempre habíamos estado de acuerdo en que nuestros fans tienen prioridad. Ellos son la razón por la cual podemos hacer lo que hacemos,

y si eso nos dificulta hacer nuestras propias compras, o dar un paseo relajante en el parque, o tener una cena tranquila en algún lugar, ese es el precio que pagamos. Hace que tener una relación sea más difícil, pero hemos encontrado el equilibrio entre salir y quedarnos en casa, ser accesibles mientras vivimos nuestras vidas. No siempre es fácil, pero ha funcionado. Al menos, ha funcionado para mí.

Jed frota su sien, una señal que delata que se siente agotado. Intento convencerme de que solo está cansado, que todo lo que necesita es dormir bien una noche. Pero conozco a Jed. Una vez que toma una decisión, no hay vuelta atrás.

–Creí que podía hacerlo, pero no puedo –dice.

Siento un nudo en la garganta y quiero gritarle: *¿Por qué te rindes? ¿Podemos tenerlo todo!* Pero una parte de mí, la parte que intento mantener oculta, sabe que él tiene razón. Después de todo, nosotros elegimos esto. Podemos hacer música y cantar nuestras canciones y exponernos a vivir frente a millones de personas. No podemos tener una vida normal.

Yo solo soy la ilusa que lo sigue intentando.

Jed sostiene mi mirada y por un segundo veo algo que centellea en sus ojos: arrepentimiento, tal vez, o decepción. Pero aleja la vista con rapidez, hurga en el bolsillo de sus jeans cuidadosamente desgastados y desliza las llaves de mi apartamento en mi palma.

Hay tres: una grande (magnética) para la puerta de entrada, una para el elevador y otra para las escaleras privadas que llevan al deck de la terraza. Están en un llavero que dice I ♥ NY (un regalo que me hizo Tess cuando me mudé a la ciudad). Al pensar en la cantidad de veces que he hecho esto, entregar mi corazón, las llaves de mi hogar, de mi mundo, me siento mareada.

Una y otra vez; no es suficiente. Yo no soy suficiente. Las llaves regresan, cálidas desde el bolsillo de alguien más, y las guardo en la gaveta de la mesita auxiliar, junto a las horquillas, las baterías de repuesto

y otros objetos huérfanos, hasta poder olvidar cuánto me duele esto. Hasta la próxima fiesta en la que pueda convencerme de que vale la pena seguir intentándolo. Cuando salga a otro balcón, donde el próximo chico esté esperando, y todo comience nuevamente.

Abandono el automóvil de Jed en un silencio desconsolado, cierro de un golpe la puerta a mis espaldas y observo cómo las luces rojas de freno se desangran en el mar de taxis y limusinas de la calle Hudson. Me reclino sobre mi edificio, con los ojos clavados en la calle. Por un momento, siento que estoy soñando, como si mi verdadero yo todavía estuviera en el vehículo junto a él... Estamos regresando a su apartamento, jugando ping-pong y hablando acerca de su lista de canciones para la gira. Estamos observando nuestros horarios e intentando descubrir cuándo será la próxima vez que estaremos en la misma ciudad, riéndonos acerca de lo dementes que son nuestras vidas y cuán increíblemente difícil puede ser coordinar para tener las mismas noches libres. Estamos acurrucados en su cama tamaño *King*, discutiendo qué programa de televisión malo ver mientras que, por fin, nos quedamos dormidos.

Subo los escalones que llevan a la puerta principal, esperando que las lágrimas se derramen. Pero no sucede. Es como si algo en mi interior hubiese cambiado, y solo me siento anestesiada. En general, subiría a toda velocidad hasta mi apartamento, lista para improvisar con la guitarra y garabatear mi diario. Las canciones más enérgicas serían las primeras en aparecer, con inicios furiosos y escandalosos; luego vendrían las baladas melancólicas y por último, para completar el círculo, los himnos sobre el poder femenino. Tendría material suficiente para un álbum en menos de una semana, distribuido entre servilletas y anotadores: la crónica rápida y sucia de mi último romance maldito; desde “conocí a un chico lindo” a “estamos en llamas” hasta “estoy mejor sin ti”.

Repetir el ciclo.

Ya puedo oír a Sammy y a Tess insistiendo en que no soy yo. Es él. Pero esta vez, no estoy segura. Cada relación que he vivido, desde los

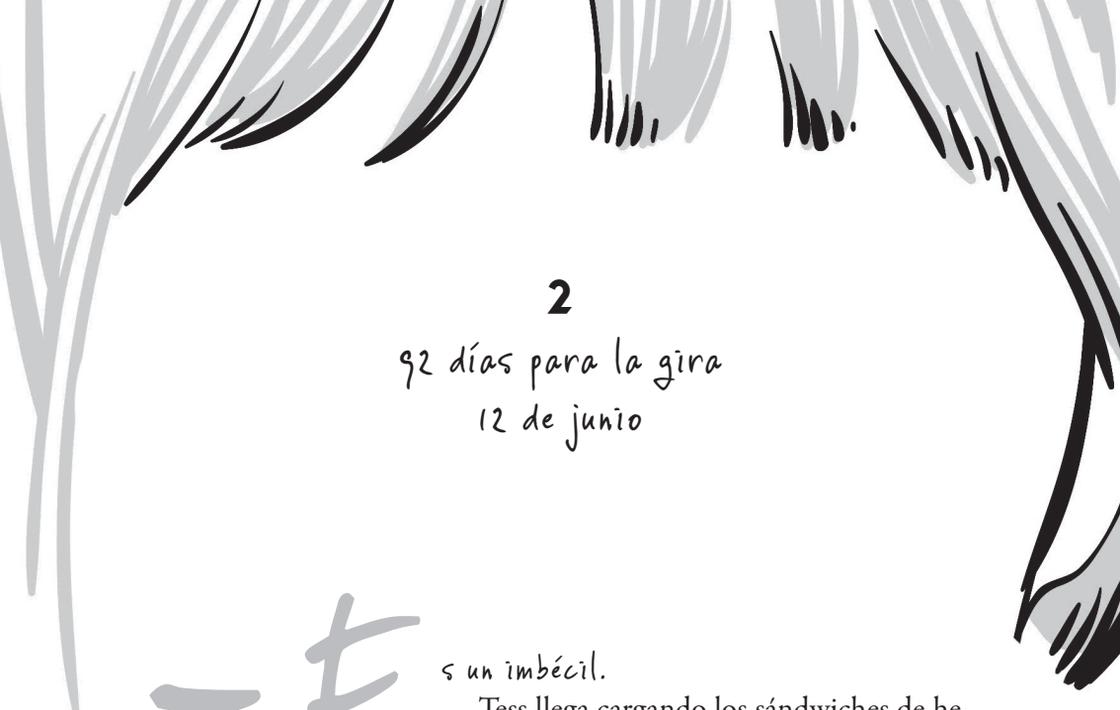
grandes romances dramáticos que han durado años y han atravesado varios estados, hasta los coqueteos pequeños que fueron cortos pero no menos intensos, ha tenido dos cosas en común:

El hecho de que ha terminado y...

Yo.

Hay solo una cierta cantidad de canciones que una puede escribir acerca de estar mejor sola antes de empezar a creer que no hay otra opción.

Giro el juego de llaves extra en la cerradura y empujo la pesada puerta principal. Se cierra con un *click* a mis espaldas, atravieso el vestíbulo hasta el vertedero de basura y lanzo las llaves dentro. Producen un ruido metálico al golpear contra los laterales y espero el sonido satisfactorio del golpe sordo final. Pero lo único que escucho es el silencio; silencio y el zumbido aburrido y constante de la ciudad, a la cual no le importa cuántas veces te destrocen.



2

92 días para la gira
12 de junio

—t

s un imbécil.

Tess llega cargando los sándwiches de helado de Jeni's y una delgada caja de cerillos de la bodega que está en una esquina. Nos encontramos en el deck del techo, con vista a los adoquines iluminados de West Village y al lustre oscuro y refractario del río Hudson.

—Un imbécil gigante y peludo —concuerta Sammy. Está extendida sobre una de las *chaise longues*, con el cabello rubio rojizo abierto como un abanico a sus espaldas. Mamá eligió los muebles del patio en una de sus visitas el otoño pasado, antes de que yo me mudara oficialmente. Ninguna de nosotras tenía idea de que “patio” significaba algo completamente diferente en Nueva York y en Los Ángeles. O en todo caso, en Wisconsin, mi hogar. Es casi imposible caminar sin tropezar entre las mesas de vidrio combinadas, los faroles rústicos y las macetas bajas y fornidas de los helechos.

»Es decir, no es que tenga todo el cuerpo cubierto de vello —explica Sammy—. Aunque, es probable que sí. Solo quise decir que su peinado es grande —entre sus rodillas hay una caja de zapatos llena de cartas, fotografías y otros objetos relacionados con Jed. Hojea un pequeño álbum de fotos que yo había impreso para el día de San Valentín—. No, grande no. Gigante.

Tess patea a Sammy desde su ubicación en una de las bancas con cojines que delinearán el perímetro del deck.

–¿Qué? –se queja Sammy, frotando el lateral de su tobillo–. No es ningún secreto que su peinado es grande. Podría haber una colonia entera de pequeñas criaturas reproduciéndose dentro y nunca lo sospecharíamos.

Río, aunque no tengo ganas de hacerlo, y esa es la razón por la que Sammy ha sido mi mejor amiga desde preescolar. Hará o dirá cualquier cosa para hacerme sonreír, incluso si eso significa hacer que ella misma luzca mal, algo que –teniendo en cuenta sus piernas increíblemente largas, su piel de porcelana y su cabello súper brillante– es casi imposible de lograr.

–Creo que todavía no hemos llegado a la parte de la noche dedicada a los insultos –dice Tess cansinamente. Juguetea con el piercing que tiene en el cartílago suave de la parte superior de la oreja, una diminuta barra plateada–. Todavía ni siquiera sabemos qué ocurrió.

–Ya te dije lo que ocurrió –gruño, extendiendo mi suéter gris de cachemira favorito sobre mis rodillas descubiertas. Fue el primer objeto lindo que me compré cuando firmé contrato con mi sello en Los Ángeles. Sammy me ayudó a elegirlo en una boutique en Santa Mónica, y aunque las mangas están estiradas y el contorno del cuello, desgastado, lo he guardado desde entonces.

–Me niego a creer que dejaste a Jed Monroe porque ordenó sopa para cenar –dice Sam–. Pero, incluso si fue así, estoy segura de que se lo merecía. Es decir, mira estas –extrae una tira de fotos de una cabina fotográfica que nos tomamos en un *meet-and-greet* con los fans unos pocos meses atrás. Yo aparezco haciendo varias muecas alocadas y Jed, un mohín; sus facciones grandes y atractivas aparecen estoicas e idénticas en todas las fotografías–. ¿Lo mataría sonreír?

Suspiro.

–Yo no terminé con él. Dejen de intentar hacerme sentir mejor.

Tess y Sammy intercambian lo que se supone que es una mirada de preocupación encubierta.

–Lo siento –Sam se encoge de hombros. Luego, coloca las fotos dentro de la caja de zapatos y apoya los cerillos junto a ella.

–¡No lo lamentos! –exclama Tess. Se pone de pie abruptamente, recogiendo el cabello castaño en un rodete por encima de la cabeza, lo que deja al descubierto un nuevo corte debajo de su melena que la hace ver un poco punk, y un poco como un niño. Tess es bastante intensa con respecto a las rupturas, aunque no ha vivido muchas en carne propia. Cuando nos contó que era lesbiana el verano después de terminar la secundaria, me sentí aliviada, y creí que al fin comenzaría a abrirse y contarnos sobre las chicas con las que salía. Pero no lo hizo. Hasta donde yo sé, nunca ha tenido una relación que durara más de un par de meses. La independencia es su tarjeta de presentación, algo así como enamorarme es la mía.

–No quiero seguir haciendo esto –niego tenazmente con la cabeza.

–¡Entonces, salgamos! –exclama Sammy, enderezándose a toda velocidad. Podría decirse que *salgamos* es su mantra. Si entregaran títulos superiores en ir de fiesta para olvidar tus problemas, ella tendría su doctorado.

–No –respondo–. Me refiero a esto –agito la mano distraídamente hacia la caja de zapatos–. No quiero seguir haciéndome esto. Que me dejen y fingir ser mejor que eso. Escribir canciones acerca de cuánto más fuerte soy estando sola. Porque, ¿y si la verdad es que tengo un problema? ¿Y si estoy destinada a estar sola? –mordisqueo las esquinas de la uña de mi pulgar, el hábito más viejo y desagradable que tengo.

–Eso es ridículo –dice Tess–. Tu único problema es tener un gusto terrible para elegir hombres.

Pongo los ojos en blanco.

–Amabas a Jed –le recuerdo–. Dijiste que era mucho mejor que, y cito, “los idiotas de la industria” de los que suelo enamorarme.

–Dudo de que eso sea un gran halago –bromea, antes de ponerse seria–. No, tienes razón. Jed es un tipo sólido y un músico excelente. Ustedes dos, sus carreras... todo tenía sentido. Pero mereces más que un compañero de negocios. Mereces a alguien que comprenda tu verdadero yo; la loca, tonta y torpe. Eso es lo que estás buscando, ¿verdad?

–No lo sé –respondo, mientras niego con la cabeza. Estiro las piernas y levanto la vista hacia el cielo sin estrellas–. Lo único que sé es que ya estoy cansada de mi propio grito de guerra. Es aburrido.

–Tu grito de guerra es disco de platino –Sammy ríe, desplomándose de nuevo en su asiento–. No puedes rendirte ahora.

Tess la pateo otra vez y pone los ojos en blanco.

–Ella no se refiere a eso, Samantha.

–No sé a qué me refiero –digo con un suspiro de frustración.

–Tengo una idea –Tess se acomoda más cerca de mí en la banca–. Salgamos de aquí.

Sammy se inclina para colocarse las sandalias.

–No, no, no me refiero a ahora –Tess alza sus cejas gruesas y oscuras–. En el verano.

–No quiero regresar a Los Ángeles. Cada vez que salgo de casa es como estar en un cementerio lleno de los zombis de mis ex –niego, desafiante.

–No dije nada sobre Los Ángeles –una sonrisa astuta se enciende en el rostro de Tess–. ¿Recuerdas la casa que mi papá solía alquilar en Maine?

Asiento. Sammy y yo conocimos a Tess cuando teníamos doce años, en un campamento de verano en el lago Michigan. Cada año, después del campamento, el padre de Tess la llevaba de vuelta al este, a una cabaña destartalada en una pequeña isla en la Bahía de Penobscot.

–¿Y qué tienes que decir acerca de ella?

–Ah, no mucho –Tess se encogió de hombros, juguetona–. Solo que acabo de comprarla.

–¿Que hiciste *qué*? –grita Sammy.

–¿La compraste? –pregunto–. ¡No me dijiste que estabas pensando en comprarte una casa!

–Solo porque me pagas una suma de dinero infame para que pase tiempo contigo no significa que tenga que consultarte cada decisión de negocios que tomo –dice Tess y sonrío con sorna.

Mis mejillas se encienden. Técnicamente, Tess y Sammy son mis asistentes; es como podríamos justificar que ellas pongan su vida en espera para seguirle el paso a la mía. Sammy cursó algunos semestres en Madison antes de abandonar para seguirme, primero a Los Ángeles y luego a través del país a Nueva York. Tess ya estaba en NYU cuando llegamos, pero no pasó mucho tiempo antes de que decidiera tomarse un descanso. Ambas insisten en que no lo cambiarían por nada, y yo sé que no podría hacerlo sin ellas. Pero odio cuando hablan de dinero, ya sea del mío o del suyo, incluso cuando sé que están bromeando.

–No es nada elegante –continúa Tess–, solo una casita en un pueblo real de pescadores. Creo que tal vez nos vendría bien algo de vida real, para variar –Tess me mira, y me pregunto por billonésima vez cuándo se hizo tan buena para leerme la mente–. ¿Qué opinas, Bird? ¿Aceptas?

Bird, originalmente *Songbird* y a veces *Birdie*, es el apodo que me puso Tess en el campamento cuando éramos niñas. A lo largo de los años ha sido adoptado como un apodo sencillo entre familiares y amigos para diferenciarme de la otra Lily Ross, la Lily Ross que encabeza giras, produce discos en serie y siempre está en el ojo del huracán de la prensa y que, cada vez, tiene menos que ver conmigo.

Me pongo de pie y me reclino sobre la reja del techo, observando la ciudad. Una bocina de policía atraviesa el aire y siento que todo mi cuerpo se tensa. No hay nada que me gustaría más que marcharme; esconderme en algún rincón acogedor del mundo, lejos de los fotógrafos, de las entrevistas y de los horarios del estudio. De todo eso.

–Es una idea agradable –respondo con añoranza. Pero conozco este sentimiento, y sé que no durará. Mañana regresaré sin demoras al trabajo;

hay un álbum que terminar, hay que presentar las primeras canciones, lidiar con publicidad infinita y, en el otoño, hacer mi próxima gira. No hay tiempo para sentir autocompasión.

–Pero... –dice Sammy.

Sonrío.

–Sabes que no puedo alejarme por tanto tiempo del trabajo.

Tess me observa con los brazos cruzados. Sammy finge inspeccionar sus uñas recién pintadas de un tono rosa pálido.

–¿Qué? –pregunto. Ambas parecen querer decir algo, pero no lo hacen.

–No hay problema –vocifera Tess al fin, agitando la mano en el aire entre nosotras–. Podemos quedarnos –quita el envoltorio de un sándwich de helado y lame con lentitud los bordes que se derriten–. El verano en la ciudad es encantador.

Observo el rompecabezas de automóviles que avanzan con lentitud y de peatones movedizos. Me mudé a Nueva York porque pensé que sería un nuevo comienzo. Luego de Caleb, Los Ángeles me hacía sentir claustrofóbica, como si la ciudad ya me conociera demasiado bien. Amaba la forma en que Nueva York me hizo sentir desbalanceada. Quería que la ciudad me tragara, me consumiera. Y lo hizo, durante una semana, aproximadamente.

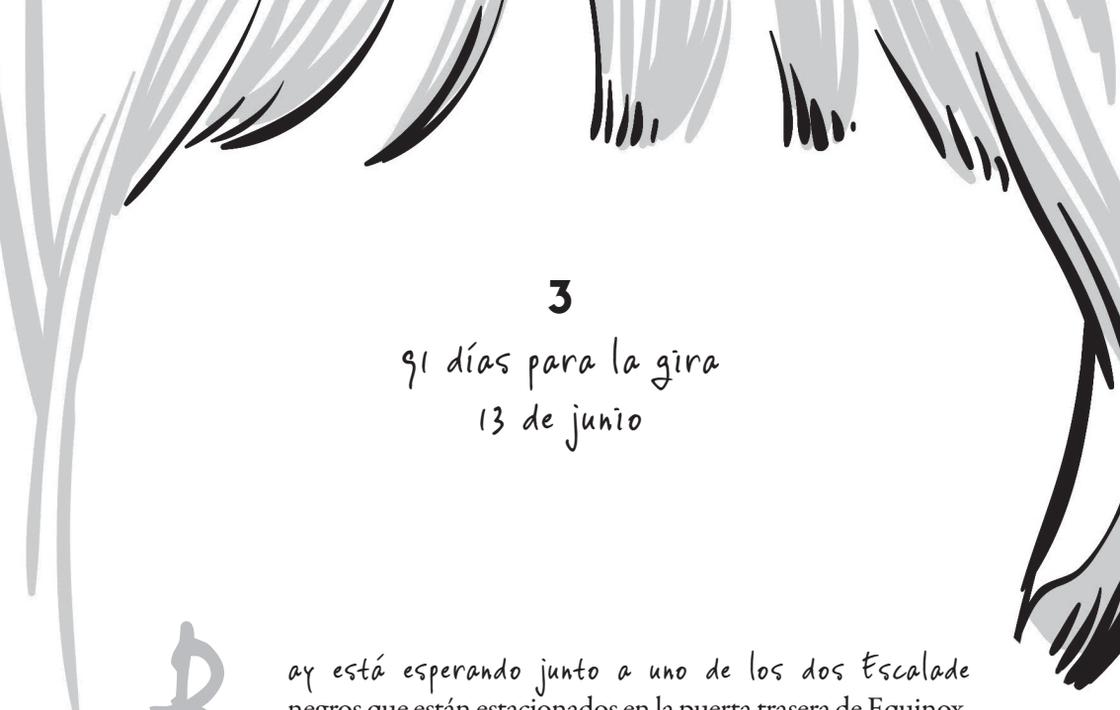
Luego, conocí a Jed. No estaba buscando otra relación tan pronto, pero fue casi una conclusión inevitable. Nuestras vidas encajaban perfectamente. Éramos tan parecidos. Y todo lo que él era, yo quería ser. Exitoso, sólido, respetado, adulto. De inmediato, las personas amaron que estuviésemos juntos. Se suponía que lo lograríamos.

No se suponía que yo estuviera aquí, otra vez.

De pronto, un estruendo abrumador aparece en mi pecho. Volteo y camino hacia el lugar de Sammy, y permanezco de pie, observando la caja de zapatos. Extiendo una mano y, sin decir ni una sola palabra, Tess aparece con los cerillos. Enciende uno y Sam me alcanza la tira

de fotografías de la cabina. Inclino la llama hasta que lame el borde brillante de la foto.

–Fue divertido, pero ahora ha concluido –digo, pronunciando la rima tonta que le robé a Sammy, la que ella solía repetir para superar las rupturas en la secundaria, antes de que yo tuviera algún novio propio. Sostengo la foto en llamas, y observo cómo el rostro de Jed se contorsiona, derritiéndose con el mío, hasta que todo el papel es devorado por una ráfaga de fuego anaranjado.



3

91 días para la gira
13 de junio

Ray está esperando junto a uno de los dos Escalade negros que están estacionados en la puerta trasera de Equinox. A pesar de las ganas de quedarme hecha un ovillo en la cama durante semanas enteras, esta mañana me arrastré hasta mi sesión de ejercicio privada con León; era tan temprano que debería ser ilegal levantarse a esa hora. Hice el entrenamiento por intervalos que pulveriza sistemáticamente la mitad inferior de mi cuerpo. Fue brutal, como siempre, pero resultó agradable distraerme. Ahora, mientras me acerco al automóvil, incluso logro producir algo que se parece a una sonrisa.

–Qué músculos –bromea Ray. Levanto la manga de mi blusa de seda estilo retro para flexionar mis brazos delgados, siguiendo nuestra rutina cómica después de entrenar. De todo el equipo de seguridad, Ray es el que ha estado trabajando conmigo por más tiempo, y es mi favorito. Es una especie de hermano mayor, si tu hermano mayor perteneció a las fuerzas de operaciones especiales estadounidenses y sus bíceps son del tamaño de sandías. Mantiene la puerta abierta, ingreso al vehículo y lanzo mi bolso en el asiento vacío junto a mí.

–Ey, K2 –saludo con un movimiento de cabeza a Kevin, el único conductor que he tenido desde que me mudé a Nueva York. Ray tiene a otro Kevin en el equipo de seguridad, así que ahora lo llamamos K2.

–Milady –K2 finge hacer una reverencia. Aunque es originario del Bronx, tiene la costumbre de utilizar un acento inglés falso y de referirse a mi apartamento como “la mansión”.

Mi teléfono vibra y, al mirarlo, veo un e-mail de Terry. Ya han reservado de forma oficial el estudio para esta tarde. Hago una mueca. Se supone que debo darle los toques finales a mi nuevo disco. Pero eso fue antes de ayer, antes de la ruptura. Ahora la idea de pasar tiempo con esas canciones (canciones en las que he estado trabajando durante los últimos seis meses) parece imposible. Doce temas, todos sobre Jed, mi pieza de rompecabezas faltante, todos mis sueños hechos realidad.

El disco se llama, increíblemente, *Forever*. Para siempre.

–Necesito una dosis –le digo a K2; un código que significa: *si no hay una taza de café en mi futuro inmediato, entraremos en estado de alerta roja*.

K2 asiente y navega a la perfección entre el caos de la calle. Observo cómo sus ojos se mueven en el espejo, buscando el Starbucks más cercano. Alcanzo a ver levemente mi propio reflejo. No es tan malo como había imaginado, pero hay círculos oscuros superficiales bajo mis ojos, y mi piel parece seca y pálida, a pesar de todo el maquillaje que me puse después de salir de la ducha del gimnasio. Me veo como alguien que no ha dormido, algo que es cierto, sin contar un par de horas interrumpidas llenas de sueños extenuantes; sueños con Jed, con nosotros dos juntos, como si nada hubiera sucedido.

Guardo mi teléfono en mi bolso mientras K2 estaciona en un lugar en el que no está permitido, en la Calle 33. Ray baja del vehículo y, por un momento, considero enviarlo a la cafetería para que haga mi pedido. Simplemente no sé si tengo la fuerza necesaria para mostrarme de buen ánimo por mis fans. Pero pedir mi propio café es algo que hago, un trato que hice conmigo misma cuando mi mundo comenzó a cambiar de verdad, cuando empecé a escuchar mi propia voz en cada estación de radio: *No dejes de hacer cosas normales*.

Estoy completamente consciente de que estar protegida por varios guardaespaldas y ser rodeada por muchas personas ante cada parada no es para nada considerado normal, pero por alguna razón, eso se siente mejor que la alternativa. Sin importar cuán surrealista se vuelva todo, es importante creer que todavía puedo hacer cosas por mis propios medios, incluso si hacerlas lleva un tiempo absurdamente largo.

Me deslizo y bajo del vehículo después de Ray. Ingresamos a la cafetería juntos. Detrás de nosotros, se reúne el resto del equipo de seguridad, unos tipos robustos con gafas de sol que intentan mezclarse con la multitud de peatones que circulan por la acera del centro.

Ray mantiene la puerta abierta e ingreso con la cabeza baja. Como siempre, hay un par de segundos tranquilos antes de que los flashes de los teléfonos comiencen a parpadear y la multitud descienda. A veces, me gusta imaginar que puedo vivir dentro de estos momentos. Hacerlos durar para siempre. Hoy, los utilizo para respirar hondo y recuperar el equilibrio. Me aseguro de enterrar cualquier rastro de tristeza en lo profundo de una fachada agradable y feliz.

Cuando me acerco al final de la fila, un trío de niñas chillonas se acerca desde la ventana. Sus madres las siguen, con los iPhones preparados, y yo sonrío y les pregunto cómo se llaman. Una, lleva puesta una camiseta que dice EQUIPO DE GIMNASIA DE GREELEY, y le cuento que solía soñar con participar en los juegos olímpicos.

—Ahora, no puedo hacer ni una voltereta —admito, y ellas ríen. Sus madres las guían lejos con amabilidad luego de tomarnos varias *selfies* en distintas posiciones, y avanza de a poco hacia el mostrador.

Luego de veinte minutos, doce fotografías y medio café americano helado, le hago la seña a Ray —toco uno de mis aretes— y un camino se abre hacia la puerta. Ya casi he salido del aire acondicionado helado para adentrarme en el calor pegajoso de la ciudad cuando una chica, de la edad de una universitaria, tal vez mayor, aparece junto al mostrador y grita mi nombre.

Volteo sonriendo con calidez, lista para firmar lo que sea que ponga bajo mi nariz, y luego veo la costosa cámara que sostiene entre sus manos. Fácilmente podría ser una universitaria que estudia fotografía, pero reconozco la mirada concentrada y calculadora en sus ojos. *Paparazzi*.

—¿Dónde está Jed? —grita una vez, y luego repite la acción—. ¿Dónde está Jed? —ahora está prácticamente aferrándose al codo de Ray para mantenerme en vista.

Comienza a picarme la piel y me apresuro a dirigirme hacia la puerta, pero la chica esquivada a Ray y extiende su cámara.

—¡Escuché que han terminado! ¿Es cierto? ¿Qué sucedió con *Forever*?

Mi corazón se acelera contra el pecho y la sonrisa en mi rostro se endurece. Susurros confusos atraviesan la multitud y hay un cambio sutil en la energía que me rodea, como la carga en el aire antes de la tormenta.

Extiendo la mano hacia la puerta, pero de alguna forma calculo mal la distancia y me reclino sobre el espacio vacío, mis piernas aún débiles por el entrenamiento matutino. Tropezco con el borde de un basurero y, de inmediato, Ray intenta tomar mi codo. Pero es demasiado tarde: estoy cayendo.

Los susurros se convierten en pánico frenético mientras caigo sobre el suelo, y siento cómo la multitud se cierne sobre mí. Cierro los ojos, respiro hondo y escucho el inconfundible sonido del obturador de la cámara. Sé que debo ponerme de pie. Sé que debo reírme al respecto, hacer una broma diciendo que soy la persona más torpe del mundo, pero no puedo. Me apoyo en el hombro de Ray mientras él me ayuda a levantarme y mantengo la cabeza baja hasta que por fin atravieso la puerta, salgo a la acera e ingreso con torpeza al coche.

K2 se aleja de la cafetería. Hace una serie de giros rápidos y pronto estamos andando a toda velocidad por la carretera hacia el oeste. Observo el río a un lado y el grupo alto de edificios y rascacielos del otro. Mi respiración ha comenzado a normalizarse, pero todavía me siento atrapada.

No se suponía que sucediera así. En general, después de terminar una relación, ansío el contacto con el mundo exterior. Rodearme de mis fans, hablar con ellos, sentir su energía... Eso es lo que hace que salga adelante. Es lo que me inspira a comenzar a escribir de nuevo, a explotar el corazón roto y a adueñarme de él; a luchar con él y exprimirlo: una canción nueva, un disco nuevo, una experiencia nueva.

Pero ahora siento que me están exprimiendo a mí.

Necesito un cambio de escenario. Necesito estar sola. Necesito oír mis propios pensamientos.

Tomo mi teléfono y busco entre mis mensajes, uno reciente en un chat grupal. *Cambié de opinión*, escribo con furia para Tess y Sammy. *Necesito vacaciones. ¿Quién se suma?*

